

XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2021.

# Indagaciones sobre la muerte y el duelo en tiempos de pandemia.

Scavuzzi, Karina.

Cita:

Scavuzzi, Karina (2021). *Indagaciones sobre la muerte y el duelo en tiempos de pandemia. XIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVIII Jornadas de Investigación. XVII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. III Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. III Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-012/117>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/even/hpg>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# INDAGACIONES SOBRE LA MUERTE Y EL DUELO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Scavuzzi, Karina  
Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

La pandemia actual, considerada un fenómeno catastrófico y disruptivo, ha sido capaz de provocar graves rupturas en el tejido social y en el desarrollo de sus actividades. Su imprevisibilidad ha dejado a la población desorientada y aturdida mientras atestigua un gran saldo de pérdidas afectivas y económicas irreversibles, dejando a muchas personas sin trabajo, sin contacto social o lo que es peor aún sin un ser querido. Las muertes en gran escala provocadas por el virus del COVID 19 tienen la particularidad de ser repentinas, inesperadas y solitarias. Debido al aislamiento y a las restricciones impuestas se ha dificultado y hasta imposibilitado el ingreso y el acercamiento de los familiares a los hospitales, impidiendo el cuidado del enfermo y obstaculizando su eventual despedida. Considerando el potencial impacto negativo en los procesos subjetivos y sociales de comprensión, aceptación y adaptación a la situación de muerte de las personas por morir y sus allegados, se hará un breve recorrido por autores que han abordado dichas temáticas con el fin de reflexionar sobre la muerte en el contexto actual, la importancia de los rituales de despedida y las consecuencias que se desprenden ante su impedimento en dicho escenario.

## Palabras clave

Muerte - Duelo - Ritual - Pandemia

## ABSTRACT

### INQUIRIES INTO DEATH AND GRIEF IN TIMES OF PANDEMIC

The current pandemic, which is considered as a catastrophic and disruptive phenomenon, has been capable of causing serious disruptions in society and in the development of its activities. Its unpredictability has left the population disoriented and stunned while witnessing many irrecoverable emotional and economic losses, leaving innumerable people deprived of work, social contact or, even worse, a loved one. Large-scale deaths caused by the COVID-19 virus are peculiar in being sudden, unexpected, and lonely. Due to the imposed isolation and restrictions, the admission and attendance of family members in hospitals has become difficult (sometimes impossible), preventing them to take care of their sick relative and impeding their eventual farewell. Considering the potential negative impact on the subjective and social processes of understanding, accepting and adapting to the situation of probable death of ailing people and their relatives, a brief analysis of authors who have address-

sed these issues will be made in order to ponder about death in the current context, the importance of farewell rituals and the consequences that arise from not having them in this scenario.

## Keywords

Death - Grief - Ritual - Pandemic

Dada las restricciones del ingreso de un familiar a las instituciones hospitalarias y a la poca comunicación entre las mismas, la soledad de la internación es una de las causas más temidas en quienes tienen que ingresar en los hospitales por síntomas más severos. Junto a ella y ante un virus potencialmente letal el enfermo acude a la guardia, no sin resistencias, con un profundo temor a vivir una situación incontrolable. Frente a la emergencia y en la sala de internación se sabe que las decisiones que se tomen allí estarán en manos de terceros. Son ellos los que tienen un “saber hacer” con aquel “pulmón dañado”, todo lo demás pasa a segundo plano. Arrebatado de su ambiente familiar y afectivo le acecha al sujeto el miedo a quedar reducido a ser solo un cuerpo enfermo y a morir en soledad, a morir indignamente. Aludiendo al tema de la muerte sabemos que la misma es uno de los mayores interrogantes para la humanidad. A lo largo de nuestra historia y en todas las culturas, se le han atribuido distintos significados tratando de amenizar su impacto, calmar la angustia y disminuir el displacer que le genera al hombre dicho acontecimiento. Pero no todas las culturas enfrentan del mismo modo a la muerte ni, menos aún, esta ha sido asumida de igual manera a lo largo de nuestra historia, siendo que la enfrentamos dentro del parámetro de la cultura y del tiempo histórico que venimos heredando y viviendo.

Freud (1915) reflexionando sobre la actitud del hombre ante la muerte afirma que la humanidad siempre ha mostrado una fuerte inclinación a prescindir de ella, a eliminarla de la vida silenciándola. Para él la muerte propia es inimaginable, y cuantas veces lo intentamos podemos observar que continuamos siendo en ella meros espectadores, pues en el fondo nadie cree en su propia muerte, estamos convencidos de nuestra propia inmortalidad. Por otra parte, como dicho anteriormente, la forma de concebir la muerte en occidente ha ido modificándose a la largo de la historia de la humanidad. Así es como el historiador Philippe Ariés (2016) en su libro “Morir en Occidente” analiza las distintas concepciones que la muerte ha tenido en este hemisferio a través del tiempo. Allí él sitúa los cambios que han ido con-

figurando sucesivas formas de convivencia social y expone de qué manera se ha pasado lenta y progresivamente de la muerte familiar y domesticada de la edad media a la muerte inhibida, maldita e interdicta de nuestros días, en la cual huir de la muerte es la tentación.

Cuenta el autor que en la edad media, por ejemplo, la muerte era en el lecho y en público, con toda la familia presente. A esta etapa la llama de **“muerte domesticada”** ya que, según él, el hombre la tenía bajo su dominio. La muerte avisaba cuando iba a actuar y el que estaba próximo a morir recibía ese aviso. Los hombres estaban advertidos de su muerte. No se moría sin haber tenido tiempo de saberlo, la sentían, sabían que estaba cerca. La advertencia estaba dada por signos naturales, o con mayor frecuencia, por una convicción íntima más que por una premonición sobrenatural o mágica. Tampoco era el médico quien le avisaba que le quedaba poco tiempo de vida sino que al revés, era el avisado quien le confiaba al médico la proximidad y las alternativas de su muerte y, sabiendo que se aproximaba su fin, cada moribundo tomaba sus recaudos. Se acostaba rendido sobre su lecho y así dispuesto podía realizar los últimos actos de un ceremonial que consistía en un primer acto de lamento por abandonar la vida. Los ritos de la muerte eran aceptados y cumplidos con una ceremonia despojada de dramatismos y sin emociones excesivas.

Posteriormente se produjo un cambio que comenzó en ver la muerte no tanto como una experiencia compartida sino como algo más individual, el autor llama a esta etapa de **“la muerte propia”**, en la que la familiaridad con la muerte era una forma de aceptación del orden de la naturaleza, aceptación ingenua en la vida cotidiana y a la vez sabia en las especulaciones astrológicas. Dice allí que el hombre padecía en la muerte una de las grandes leyes de la especie, y no soñaba ni con sustraerse de ella ni con exaltarla. Simplemente la aceptaba con la dosis necesaria de solemnidad para señalar la importancia de las grandes etapas que la vida siempre debía franquear. Para el autor, estos cambios se deben principalmente a las modificaciones en la iglesia católica en la que empieza a predominar más el destino individual que el colectivo. La muerte aparece así como el momento de recuento de las buenas y malas acciones del individuo.

A este periodo le sigue el que denomina **“la muerte romántica”** en el cual a partir del siglo XVIII, el hombre de las sociedades occidentales tiende a dar un nuevo sentido a la muerte, exaltándola y dramatizándola. Pero al mismo tiempo no está ya tan preocupado por su muerte propia. La muerte romántica, retórica, es ante todo la muerte del otro, el otro cuyo lamento y recuerdo inspiran en los siglos XIX y XX el nuevo culto de las tumbas y los cementerios. La muerte aquí, según relata, es considerada cada vez más una transgresión que arranca el hombre de su vida cotidiana, de su sociedad razonable, de su trabajo monótono, para someterlo a un paroxismo y arrojarlo así a un mundo irracional, violento y cruel. La misma empieza a ser sentida como

una ruptura y, a diferencia de las épocas anteriores en que la muerte le era familiar al hombre, ahora es espantosa y obsesiva. Una pasión nueva se apodera de los asistentes y la expresión del dolor de los sobrevivientes por cierto se debe a una nueva intolerancia ante la separación. Pero uno se siente perturbado no solo en la cabecera de los agonizantes o ante el recuerdo de los desaparecidos sino que la sola idea de la muerte conmueve. Para el autor esta exageración del duelo en el siglo XIX tiene una significación. Quiere decir que los sobrevivientes aceptan con mayor dificultad que antes la muerte del otro. La muerte temida no es entonces la muerte de si sino la muerte del otro, *la muerte tuya* dice él. (Philippe Ariés, 2016)

Entrando ya en el siglo XX se va a producir otro cambio al que lo llama de **“la muerte excluida”** donde el que se va a morir queda excluido de su propia muerte, los demás deciden por él. (Philippe Ariés, 2016). Deciden incluso sobre la conveniencia de informarle o no sobre la gravedad de su enfermedad o la proximidad de su muerte. El desarrollo del capitalismo, la medicalización de la muerte por parte de la ciencia y la disminución de la influencia que ejercía tradicionalmente la Iglesia Católica han colaborado para este actual escenario. La muerte ahora es una cuestión técnica y pertenece a la medicina, siendo más conveniente morir en el hospital que en casa donde ya no se encuentran los cuidados necesarios para el desahuciado. El centro médico se ha convertido no solo en un lugar para ir a curarse sino también en un lugar que ofrece mitigar el dolor y el sufrimiento que generan la muerte y la enfermedad.

En consonancia con lo antedicho, según Rovalletti (2002), en la sociedad contemporánea occidental, el fenómeno de la muerte ha sufrido transformaciones que han conducido a un proceso de des-subjetivación de la misma, imposibilitando su integración mediante ritos, mitos y símbolos. Para la autora se ha perdido en la actualidad la capacidad de integrar la muerte a la vida por medio de rituales y simbolizaciones y agrega que tanto la secularización como la juridificación de la sociedad han contribuido a que en el imaginario social el proceso de la muerte se transfiera a manos de la tecno-ciencia y de la medicina. Dice ella que a diferencia de otras épocas en que se moría en el ámbito familiar, el paciente hoy es deportado al espacio hospitalario a fin de controlar y combatir la enfermedad y la muerte. Lo llama a este nuevo modelo de *‘muerte hospitalaria’* el que favorece el morir impersonal y la ruptura de las habituales relaciones interpersonales. La muerte ahora pasa a ser un fenómeno distanciado de la vida del hombre. Ya no está más integrada como parte de la misma sino como algo ajeno, algo a combatir. Deja ya de ser un problema humano y pasa a ser un problema político, científico y jurídico.

Sin embargo y anteponiéndose a dichas cuestiones la autora sostiene que a pesar de los avances biotecnológicos, la muerte humana no constituye primariamente un problema biológico. El hombre no es un mero organismo que se descompone y se arregla. Si el cuerpo se reduce al mero cuerpo-organismo, en

la muerte la persona queda derrotada como una cosa más que se acaba.

Ahora bien, morir en contexto de pandemia tiene su particularidad ya que los muertos aquí se presumen contagiosos y los nuevos protocolos buscan frenar la cantidad de contagios, no permitiendo que las familias y las comunidades se involucren en el proceso de la muerte de sus seres queridos de la forma en que lo harían en circunstancias ordinarias. En este marco, la comunidad investigadora de la Red de cuidados, derechos y decisiones en el final de la vida del Conicet alerta sobre la necesidad de articular el evitar la propagación de la enfermedad con el derecho a una muerte digna. Así también el derecho de los familiares a contar con condiciones que le permitan despedirse, como una instancia central en el proceso del duelo, garantizando entornos compasivos y humanizantes, independientemente de cual sea la causa de su muerte.

En un encuentro virtual realizado por profesionales de la salud mental para familiares que han perdido a sus seres queridos por COVID, muchos han comentado que lo más angustiante y difícil del momento fue no haber podido ver y cuidar a su ser querido mientras estaba internado. Cuentan que mientras pudieron hablar por teléfono durante las primeras etapas de la internación, el familiar enfermo mostraba una profunda tristeza y miedo a morir solo. Estos son algunos recortes de sus relatos de personas que vivenciaron experiencias de pérdida en pandemia sin poder acompañar ni despedir a su ser querido: *“Tengo la sensación de haberlo abandonado porque no me permitieron cuidarlo...”* *“Hay sensación de culpa por no haberlo cuidado bien. O también culpabilizar al fallecido por no haberse cuidado bien...”* *“Sentí culpa por no estar con mi madre, que murió solita en terapia por covid...”* *“En nuestro caso no nos dejaron verlo ni en la morgue. No nos dejaban ni tocar el cajón. Solo imaginarlo dentro de esa bolsa me destroza el alma. Me duele mucho pensar que estuvo solo en ese momento tan difícil...”* *“Si, hay tanto dolor porque no estas acompañándolos...”* *“Mientras estuvo internado le rogaba a la asistente que me permitiera hacerle una video llamada para despedirme de papá, ya sabíamos que él estaba mal, pero no nos dieron bolilla”*

En un artículo que trata sobre “Muerte y Subjetividad: reflexiones a propósito de la formación de los profesionales en salud” de la Universidad CES Colombia (2010), un grupo de investigadores señalan la importancia de superar las posturas positivistas en la formación de profesionales de la salud y la necesidad de abordar sistemáticamente otros aspectos en la formación académica, la cual ha dejado reducido lo humano a un cuerpo biológico. Según estos autores, a diferencia de los discursos positivistas de la salud y sus secuelas en aprendizajes impersonales, es necesario instrumentar aproximaciones críticas que permitan recuperar la complejidad del fenómeno humano. Sólo así será posible superar formaciones profesionales “biologizantes” y plagadas de apuestas simplificadoras en torno a la adquisición de habilidades o competencias laborales. Digamos que, el no

integrar lo propiamente humano tanto del lado del sujeto como del objeto de conocimiento ha llevado a dos consecuencias fatales ligadas tanto a la formación de recursos humanos como a los propios procesos de construcción y generación del conocimiento. Mientras se conserve la episteme médico positivista, los contenidos tienden a lo anatómico y las formas de enseñanza hacia lo puramente informativo - instrumental. La reinclusión epistemológica de lo humano - social, permite integrar categorías de análisis en las que quien aprende puede tomarse como sujeto histórico, cultural, psicológico e ir integrado el saber a su dinámica existencial. Incluyéndose en el fenómeno humano podrá subjetivar las propias experiencias de enfermedad y de pérdida. (CES, 2010)

Los cambios operados en el proceso de duelo en el mundo occidental y reflejado en los ritos funerarios tienen profundas implicaciones para la vida psíquica. Hoy los tiempos corren a una velocidad vertiginosa y no hay más tiempo que perder. El imperativo de “la felicidad” y de la “vida es corta” dificulta detenerse en el dolor para elaborar y subjetivar la pérdida. Más bien el sufrimiento y la tristeza deben ser suprimidos lo antes posible, caso contrario se lo considera patológico y debe ser tratado por profesionales de la salud y con psicofármacos.

Entre el ritmo frenético de la producción capitalista y la estandarización del duelo se encuentra una dificultad cada vez mayor para respetar la temporalidad única y personal de la experiencia subjetiva de una pérdida, dificultando el despliegue de la propia vivencia de significación de la muerte del ser amado.

Guillermo Apolo (2014) observa que en la actualidad, la muerte de un individuo no afecta ya la continuidad y el ritmo de la sociedad que hoy está teniendo una actitud de rechazo, negación o acortamiento de los tiempos y ritos del duelo. La comunidad ya no se hace presente en el momento de las ceremonias fúnebres como antes ni acompaña a sus deudos durante un tiempo visitándolos y conteniéndolos en su dolor. Actualmente, dice él, asistimos a una supresión del duelo y sus rituales haciendo con que “...los muertos no mueran y sus espectros sigan visitando a los vivos en apariciones oníricas, alucinógenas o fantasmáticas...” (pg.126)

A su vez, el autor señala la importancia del trabajo del duelo como función restitutiva y de recomposición, tanto del sujeto, como del grupo social. Es un “trabajo” que implica la posibilidad de desasimiento libidinal del objeto amado atravesando por diferentes momentos que son lentos y dolorosos.

“El rito y la contención que brindan los lazos sociales, regulan la angustia y ayudan a suturar ese agujero que la pérdida de un ser querido dejó, no solo en el sujeto, sino también en la comunidad.” (Guillermo Apolo, 2014, pg. 127)

Delci Torres (2006) en su artículo indaga sobre las ceremonias mortuorias, sus diferencias culturales y sus valores semánticos a lo largo de la historia de la humanidad. Se considera que los rituales nacen a partir de la inquietud que le genera al hombre la muerte como una manera de dar respuestas a los interrogantes

que plantea y promueve. Son un recurso histórico fundamental para su aceptación y atenuación.

Para la autora el ritual es una celebración que sirve como estrategia simbólica y que a su vez regula las relaciones entre las personas y las culturas. Agrega que los mismos son sistemas simbólicos construidos socialmente y que posibilitan el encuentro de estrategias defensivas cuya función sería la preservación del equilibrio individual y social. A los miembros de una colectividad les brinda una estructura, un orden y un sentido a la existencia humana, a través de ciertas ceremonias periódicas, formales y participativas, propiciándoles el sentimiento de pertenencia, identidad y cohesión de grupo.

Los sentimientos de separación y dolor ante la muerte están presente en todas las culturas, tanto en la oriental como en la occidental, desde la antigüedad hasta la actualidad. Pero a diferencia de la cultura oriental que celebra en sus prácticas mortuorias el paso hacia la regeneración y la reafirmación de los valores ancestrales hacia una nueva forma de ser y de estar más placentera, en la civilización occidental, la muerte es algo más negativo. Aquí además de cumplir con la tradición, la realización de los rituales funerarios tiene como propósito facilitar el ascenso de las almas a la inmortalidad al tiempo que otorgan elementos de integración social que permiten a los deudos mitigar su dolor.

El rasgo común a todas las culturas es que celebran un conjunto de actividades rituales no sólo para responder a las inquietudes que genera la muerte sino también para acompañar a los dolientes y al fallecido en un tan difícil tránsito de la vida a la muerte, así como para superar el proceso mental de negación que es parte del duelo y que se manifiesta a través de la rabia, la ira, el desconsuelo, entre otros.

Para Byung Chun Han (2020) son las formas rituales las que, como la cortesía, posibilitan no solo un bello trato entre personas, sino también un pulcro y respetuoso manejo de las cosas. Define a los ritos como siendo acciones simbólicas que transmiten y representan aquellos valores y órdenes que mantienen cohesionada una comunidad. Son símbolos que sirven para reconocerse y al ser reconocido se percibe como duradero. De este modo el mundo es liberado de su contingencia y se le otorga una permanencia, dando estabilidad a la vida gracias a su mismidad, a su repetición. En cambio la presión para producir priva a las cosas de su durabilidad. Demorarse en algo presupone cosas que duran. No es posible demorarse en algo si nos limitamos a gastar y a consumir las cosas. Esa misma presión para producir desestabiliza la vida eliminando lo duradero que hay en ella, destruye la durabilidad de la vida, por mucho que la vida se prolongue.

Refiere además que el mundo sufre hoy una fuerte carestía de lo simbólico. En el vacío simbólico se pierden aquellas imágenes y metáforas generadoras de sentido y fundadoras de comunidad que dan estabilidad a la vida. Disminuye la experiencia de la duración y aumenta radicalmente la contingencia.

Advierte el autor que la desaparición de estos símbolos remite a la progresiva atomización de la sociedad. Al mismo tiempo la sociedad se vuelve narcisista. El distanciamiento y la soledad aíslan a los sujetos y contrarrestan las experiencias en comunidad en la cual el dolor puede ser compartido entre los suyos haciéndolo más llevadero. “La libido del yo no puede acoplarse con ellos.”

Así concluye que la depresión no se produce en una sociedad definida por rituales. En ella el alma está totalmente absorta, incluso vaciada, en formas rituales. Los rituales contienen mundo. Generan una fuerte referencia al mundo. La depresión, por el contrario, se basa en una referencia hiperbólica a sí mismo. Al verse totalmente incapaz de salir de sí mismo y pasarse al mundo, uno se encapsula en sí mismo. El mundo desaparece. Con una atormentante sensación de vacío uno solo gira ya en torno a sí mismo. Los rituales, por el contrario, exoneran al yo de la carga de sí mismo. Vacían el yo de psicología y de interioridad. (Byung Chun Han, 2020)

Finalmente, y por todo lo dicho anteriormente, podríamos decir que la muerte aislada y en soledad impone una condición de sufrimiento agravado tanto para el paciente como para su familia, así como para la sociedad en su conjunto. Las consecuencias emocionales en el procesamiento de la despedida y el duelo pueden tener malos resultados tanto por la ausencia de los rituales como por la imposibilidad de participar en su despedida, prolongando el tiempo de elaboración y recuperación para los deudos y ocasionando un grave deterioro en la salud mental.

## BIBLIOGRAFÍA

- Apolo, G. (2014). *El acto de duelo: La función paterna en la constitución del deseo*. 1°ed.-Buenos Aires-Letra Viva, 2014.
- Byung, C.H. (2020). *La desaparición de los rituales*. Editorial Herder México. México.
- Freud, S. (1915). *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. Obras Completas: volumen 15.-1° Ed. (Especial)- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2013.
- Philippe, A. (2016). *Morir en Occidente: Desde la edad media hasta nuestros días*. 5°Ed. Argentina. Adriana Hidalgo Editora, 2016
- Perez, A. (et.al.) (2010) “Muerte y Subjetividad: reflexiones a propósito de la formación de los profesionales en salud”. *Psicología*, vol. 3, núm. 1, enero-junio, 2010, pp. 83-98 Universidad CES Medellín, Colombia
- Rovaletti, M.L. (2002). *La Ambigüedad de la Muerte: Reflexiones en torno a la Muerte Contemporánea*. Revista Colombiana de Psiquiatría, vol. XXXI, n° 2, 2002, pp.91-108. Asociación Colombiana de Psiquiatría Bogotá, D.C., Colombia.
- Torres, D. (2006). *Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas*. Sapiens. Revista Universitaria de Investigación, vol.7, num.2, diciembre, 2006, pp.107-118. Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Caracas. Venezuela.